

SOBRE UNA MESA ARCAICA

Higorca Gómez Carrasco

Con el paso de los años la casa de la abuela estaba deteriorada. Al morir nadie quiso hacerse cargo de ella.

Era casi normal, estaba un poco lejos; los hijos, todos, habían emigrado. La falta de trabajo, el no querer trabajar la tierra, que también era muy poca para mantener a toda la familia, hizo que tuvieran que partir a distintos lugares de España y otros a Europa.

Venían todos los años a verla, pero eso no servía para que luego, una vez que ella partió, nadie se acordara de volver.

La curiosidad me estaba diciendo que fuese a ver aquel caserón donde había pasado temporadas fantásticas; deseaba que llegara el buen tiempo para ir hasta el lugar y ver que estaba pasando con aquella casa.

Cuando llegué me pareció que no se conservaba muy mal; estuve un rato fuera mirando aquellas paredes que tantos recuerdos me traía y tantas vivencias habían pasado dentro. Busqué la llave en el bolso, me la había dado mi madre. No era fácil perderla, cuando la tuve en mi mano la mire diciendo ¡como pesa, no sería posible llevarla en el bolsillo!

Abrí y entré, sentí un tremendo olor a humedad, a estar cerrada tantos años ¿Cuántos, porque nadie ha venido? Fui abriendo ventanas, puertas, no parecía estar muy mal, eso sí, el suelo... por el suelo corrían un montón de bichitos: estaban a sus anchas.

Cuando llegué a la cocina, abrí las ventanas para que el sol pudiera entrar, ¡el sol y la luz!, necesitaba mucha ventilación; fue como volver a mi niñez: allí seguía la mesa; aquella mesa donde la abuela nos ponía la merienda: el pan que ella misma cocía en el horno del pueblo, nos lo untaba con aceite y encima mermelada, con la exquisita confitura que hacía con los membrillos que crecían en el huerto, en aquel hermoso árbol.

De pronto un dulce aroma llegó hasta mí, estaba al lado de la mesa y sobre ella un cuenco de barro lleno de ellos, cogí uno y me di cuenta de que con el paso del tiempo se habían transformado en unas preciosas piedras de mil colores, eran unos verdaderos fósiles.

También había un pan, estaba totalmente verde, sonreí: seguro que ratones no han entrado, de lo contrario el pan hubiera desaparecido, una sartén llena de robín y la calabaza colgada.

Me pareció que no había pasado tanto tiempo. Seguí mi camino abriendo puerta por puerta, mirando todo lo que seguía en pie. Me pareció que se podía salvar; di gracias por no encontrar muchas cosas destruidas; me gustaría arreglar todo bien y poder pasar temporadas como cuando vivía la abuela.

Llegue a su habitación al abrir la puerta me pareció sentir su olor, el olor que desprendía siempre a lavanda, me quede un rato apoyado en la cama de hierro que todavía seguía allí.